

Marie Bertherat  
Thérèse Bertherat  
Paule Brung

# Con el consentimiento del cuerpo

Diario de una futura madre

  
PAIDÓS  
Barcelona  
Buenos Aires  
México

Título original: *À corps consentant*, de Marie Bertherat, Thérèse Bertherat y Paule Brung

Publicado en francés por Éditions du Seuil, París

Traducción de Irene Agoff

Los dibujos son de Paule Brung, a excepción de los de las páginas 75, 190 y 197, que son de Martin Halleux

*1.ª edición, 1996*

*1.ª edición en esta presentación, septiembre de 2018*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© 1996 Éditions du Seuil, París

© 1996 de la traducción, Irene Agoff

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 1996

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3484-9

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Depósito legal: B. 15.595-2018

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

# Sumario

Introducción .....	11
Primer mes .....	19
Segundo mes .....	23
Tercer mes .....	39
Cuarto mes .....	57
Quinto mes .....	67
Sexto mes .....	77
Séptimo mes .....	125
Octavo mes .....	141
Noveno mes .....	155
Tres meses después .....	173
Movimientos .....	179
Bibliografía .....	209

# **PRIMER MES**

## 1 de noviembre

Esta mañana el cielo está todo azul, es un azul de invierno muy luminoso, casi brillante. Tendida de espaldas en la cama, apoyo las manos sobre mi vientre. Las paseo con suavidad alrededor de mi ombligo, mirando el cielo raso. Estoy encinta. Frase trivial, pero tan enorme, que me incorporo para verificar de nuevo la raya azul del test de embarazo. Leo una vez más la indicación: «*Si una línea azul cruza la ventana grande de la barra absorbente, usted está embarazada*». Por lo tanto, estoy embarazada. Ya conocía «Tú estás embarazada», «Ella está embarazada». Nunca había pronunciado ni escrito: «Yo estoy embarazada». En francés, *enceinte. Sainte. Sein*. Encinta. Santa. Seno. Dice el diccionario *Robert*: «*Enceinte*: lo que rodea un espacio a manera de cerco e impide su acceso». Esta definición me viene mejor que esta otra: «Que se encuentra en estado de embarazo». Yo no me siento en estado de embarazo, me hallaría más bien en estado de secreta defensa. Investida, como se lo está de una misión. Pero ¿de qué estoy investida?: no lo sé. No me lo imagino. Miro el sol formando olas en el techo. La palabra «madre» me parece curiosamente abstracta. «Hija» me es mucho más familiar. De to-

dos modos, soy incapaz de reflexionar. Sólo quiero estar tendida con esta revelación en mi vientre y saborear su presencia. Los ojos cerrados, los ojos abiertos. Boca arriba, boca abajo. Los pies contra la pared, la cabeza hacia abajo, estoy exultante. Pienso en la audacia de este bebé, en la increíble temeridad de los bebés que eligen brotar en el vientre de las mujeres. Françoise Dolto decía que los bebés eligen a sus padres. Me gusta ser la madre elegida por mi bebé, la mujer elegida.

## **27 de noviembre**

A medida que pasan los días, más decidido siento a mi bebé. Tengo la impresión de que ese pequeño ser que me habita tiene una voluntad de hierro. Pienso en el día de su concepción, en esa formidable batalla que libraron un espermatozoide y un óvulo para implantarse en mi útero. ¡Qué decisión! Al mismo tiempo, me resulta inevitable dudar. No de él, sino de mí. De mi capacidad para ser madre, no en general sino ahora, en particular. La inquietud me trastorna el corazón. Y el estómago... Náuseas de mujer encinta, náuseas de madre inquieta.

Por momentos me digo que nunca lo lograré, que aún no estoy preparada. Hoy he vuelto a tener confianza. Me digo que si él está ahí, en mi vientre, es porque debe de sentirme capaz, y esto me estimula. La angustia sigue ahí, en un rincón, agazapada, pero la tengo a distancia mirando correr las nubes por el cielo.

# **SEGUNDO MES**

## **28 de noviembre**

Esa invisible presencia me embriaga. Sin embargo, su realidad todavía se me escapa. El pequeño ser que asedia mi cuerpo y mi mente no es ni siquiera una imagen. Cierro los ojos y no veo nada. Ni al mofletudo niño de pecho que todavía no es, ni al inquietante embrión que debe de ser. Este bebé es tan sólo una euforizante obsesión. Podría consultar un manual, calcular su talla y su peso, conocer su forma. No tengo ganas.

## **1 de diciembre**

A la medicina moderna no le gusta la imaginación de las madres. Prefiere hacerles ver imágenes «reales». Hoy concluye la inmaterialidad de mi obsesión: tengo turno para mi primera ecografía. El consultorio es inmenso, tomo asiento en una de las salas de espera.

«¡Señora Bertherat!»

La voz es neutra, profesional, pero, por más que busco, no veo de dónde sale. Me dirijo por si acaso a una puerta entreabierta de la que parece haberse escapado el sonido. El letre-



ro pegado sobre ella indica: «Dra. M.». Entro. La habitación está sumida en la oscuridad. Una gran máquina provista de una pantalla genera un vago halo luminoso. Me hacen falta unos pocos segundos para distinguir a una mujercita de color gris ratón sentada tras un escritorio. Tiene la nariz metida en sus papeles. No me equivoqué de puerta.

«¡Bájese las medias y acuéstese!», me dice, señalando con el mentón la mesa de exámenes.

La doctora M. se levanta, de pie se parece aún más a un ratón. En general los ratones me gustan, sobre todo su morro en punta. En un rápido movimiento circular, la doctora unta mi panza con un gel frío, después toma una especie de estilográfica de cabeza chata y la desliza sobre mi piel. La pantalla situada frente a mí se llena de puntos luminosos. La imagen es absolutamente imposible de descifrar, hace pensar a lo sumo en las depresiones anticiclónicas: por más que esfuerce la vista no veo nada que se parezca a un bebé o a un pedazo de bebé. El ratoncito clava los ojos en la pantalla, pero no suelta palabra. Su silencio es una tortura. ¿Por qué no dice nada? ¿Qué es lo que no está bien?

Para redondear la intriga, conecta el sonido: bum, bum, bum. El galope desenfrenado resuena en toda la habitación.

«Esos latidos son su corazón.»

¡Uf! El ratoncito habló, buena señal. Aliviada, exclamo con arrobo:

«¿Tan chiquito y ya tiene un corazón?».

El ratón no se digna a responder.

El corazón, se diría que es lo primero que les crece. Si no hay corazón, no hay vida. Por lo tanto, un corazón, una vida. Bueno, mi bebé tiene un corazón, es una tranquilidad, pero ese corazón tiene un cuerpo, ¿no?

«Por favor, muéstreme al bebé en la pantalla.»

«El bebé no, el embrión», me corrige el ratón con sequedad, y me anuncia al mismo tiempo un «desprendimiento de las membranas con hematoma en el polo inferior del huevo». ¿Un qué? ¿Un moretón? ¿Le habré dado un golpe sin querer? Mala madre. «¿Qué puedo hacer?», digo, esforzándome en controlar mi voz temblorosa.

«No hay que hacer nada. Hay que esperar.»

Pero ¿esperar qué? Mi lengua está tan seca que se me pega al paladar.

«Vístase.»

El ratón vuelve a sentarse detrás de su escritorio y me pregunta por la fecha de mi última menstruación. Yo sugiero 30 de setiembre. Nunca tuve mucha memoria para esta clase de fechas. En cambio, estoy casi segura del día en que hicimos al bebé. ¡Fue el 11 de octubre! Lo sé porque..., lo sé.

«Hum —hace el ratón—. No concuerda con el tamaño del embrión.» En el informe de la ecografía, la doctora M. anota: «*Embarazo intrauterino cuyo desarrollo no concuerda con el tiempo supuesto. Se recomienda un control de aquí a ocho-diez días*». Mi bebé, perdón, mi embrión no es normal. Es demasiado pequeño. ¿Por qué no crece bien? ¿Qué es lo que hice mal? El ratón no tiene piedad. Veo a las claras que se niega a tranquilizarme. Sólo me queda volver a casa a esconder mis ojos llenos de lágrimas. Ya lo quiero tanto, a ese embrión.

### *¿Qué es una ecografía?*

La ecografía es un examen basado en el principio del ultrasonido. El oído humano no puede percibir estos sonidos sumamente agudos, pero sí ciertos animales como los perros, los murciélagos o los delfines. Estos últimos utilizan los ultrasonidos para localizarse bajo el agua. Emiten vibraciones sonoras que, al chocar con un obstáculo, se reflejan en éste y vuelven a ellos, informándoles así de la presencia de un banco de peces o de un peñasco. La ecografía obstétrica apela al mismo principio. Se desliza por el abdomen de la madre un emisor-receptor de ultrasonidos llamado sonda. Éste envía ultrasonidos en dirección al útero y recibe el eco correspondiente. Los ultrasonidos recibidos se traducen inmediatamente en imágenes sobre una pantalla, mostrando así lo que ocurre dentro del útero.

### THÉRÈSE

Cuando se hacía un chichón, me decía «sopla», y yo soplabla. Quisiera poder soplar, y mecerla suavemente, como antaño. Miro sus ojos súbitamente profundos, su boca convertida en una delgada línea malva. Quisiera soplar mi ternura, quisiera soplar y que de mi cuerpo al suyo pasara la seguridad, y la sabiduría, y la humildad, y la paciencia de generaciones de mujeres que la precedieron a ella y me precedieron a mí. Quisiera soplar el saber de estas mujeres, proveniente del cuerpo, del corazón.

«Los comienzos de un embrión de bebé no son muy tranquilos. Decimos “huevo”, y pensamos en algo inerte en el interior de una conchilla que se rompe. Pero no. Los huevos humanos son movedizos, flexibles de piel y muy resistentes. Tu bebé acaba de vivir unas semanas agitadas, en medio de restos de células y de serosidades sanguinolentas, peleando junto con su hermana melliza, la placenta, para alimentarse, para engancharse por dentro a tu útero, cuyas mucosas están completamente congestionadas. Dan golpes, los reciben. No es de extrañar que se hagan moretones. Un hematoma no es cosa rara, se cura solo, como un moretón.»

Ella aprieta los labios, quiere sonreír, pero su mentón se pone a temblar.

En otro tiempo, cuando me llamaba en medio de sus pesadillas, yo sabía disolver a los monstruos en la realidad tranquilizadora de su cuarto y de nuestras voces en la penumbra. Los monstruos son muchísimo más temibles ahora, y su aspecto es tan corriente que nadie sospecharía la cantidad de angustia que pueden generar. Un examen, una máquina, un operador. Pero el examen que supuestamente tranquiliza en realidad causa pánico; la máquina encargada de mostrar deja ver tan sólo signos cabalísticos; el operador asido a la parte trasera de su máquina tiene, donde están sus ojos, nada más que una pantalla; carece de oídos para escucharte y su única ocupación es clasificar embriones, hacerlos entrar en una paleta estadística o sacarlos, si son demasiado grandes, demasiado pequeños, no conformes con las normas.

He atendido a mucha gente, a muchas mujeres en desamparo, y desde hace muchos años. Nunca atendí a mi hija. Nunca con las técnicas de mi oficio. Sin embargo, recién ahora comprendo mi oficio: es sólo ayudar a la gente a disolver sus

monstruos haciéndoles palpar la más tranquilizadora de las realidades, su propio cuerpo. Percibir en directo las informaciones de tu musculatura te proporciona una confianza tan profunda en ti misma, que ya nada puede quitártela. Con toda tu piel, tus ojos, tus labios, tus oídos y tu olfato, estás en contacto permanente con el adentro y el afuera, los nervios son tus mensajeros a través del laberinto de tu cuerpo, y porque son justamente las tuyas nada es más confiable que la rapidez y la precisión de millones de células para sostener tu seguridad, tu bienestar.

Hacer un niño vuelve el cuerpo bien presente: universo cerrado sobre sí mismo y sin embargo extraordinariamente sensible al mundo exterior. Jamás tenemos tanta necesidad de habitarlo a nuestras anchas, flojas las mandíbulas, fluida la respiración, aquietado el corazón, y flexibles los músculos desde la cabeza hasta los pies.

«¿Quieres que intentemos “trabajar”?»

Ella no responde, pero hace una señal con la cabeza; se tiene de boca arriba y veo erigido su mentón y su nuca apretada como si luchara por mantener la cabeza fuera del agua. Decido trabajar los músculos de sus mandíbulas.

### *Movimiento*<sup>1</sup>

*Este movimiento de base distiende los músculos de las mandíbulas y de la nuca. Puedes hacerlo cuando te sientes alterada, incómoda. Si quieres, puedes acostarte en el suelo, es mejor. Pero sentada en una silla, o de pie, también está bien.*

1. Todos los otros movimientos propuestos han sido reunidos al final del libro.

*Dado que tus mandíbulas están apretadas, apriétalas más. Aplica bien tus muelas contra tus muelas, trata de apretar lo mismo a derecha que a izquierda. Observa cómo respiras. Sólo unos segundos.*

*Ahora, abre la boca, sólo lo suficiente como para permitir el paso de la lengua. Extiende la lengua, lo suficiente como para que ocupe todo el espacio de tu boca entreabierta, las dos comisuras de tus labios, y para que humecte, sin tener que moverse, tu labio inferior y tu labio superior. Los labios sin apretar, y bien expandida la lengua.*

*Quédate así unos segundos, intentando exhalar muy suavemente por la nariz. Espera a sentir la lengua seca para volver a entrarla.*

*Hazlo de nuevo una vez o dos. Observa cómo tu respiración se hace más tranquila y profunda.*

¿Por qué la boca? Por todas las palabras que se te quedaron en la lengua, entre los dientes.

Emitir palabras es nuestra defensa de animal humano. Atacar si son bastante fuertes, huir si son débiles, éstas fueron siempre las reacciones de los seres vivos. O incluso quedarse quietos, apretar los dientes, cortar la respiración, apagar la mirada. No dejar nada afuera, nada vivo. Cuando se han quedado sin medios, los animales se hacen los muertos. Los humanos también. Ni un grito, ni una mirada, ni un soplo. Ni una palabra. El cuerpo está en plena acción, el corazón salta en el pecho, los puños se cierran. Y luego nada. Salir a la disparada, golpear al prójimo, esto no se hace. Formar palabras en la cabeza, sí, emitir palabras con la boca, sí: hacer preguntas, pedir cuentas, expresar el dolor, la ira. Pero ¿cómo hacerlo? Muy a menudo, uno no encuentra las palabras. No inme-

diatamente. Nuestros ojos se enturbian, nuestra garganta se anuda, palabras farfulladas —no las que deberíamos— se atropellan entre nuestros labios. Más tarde, rumiamos durante horas lo que habríamos querido decir. Y después, terminamos olvidando. Pero nuestro cuerpo, en cambio, nunca olvida nada.

Parado en pleno impulso, nuestro cuerpo frenó con todos sus músculos. Frenar es todo lo que puede hacer. De ese modo los músculos se contraen, esperando, para finalmente poder aflojarse, una orden que no llega. Nuestro cerebro, que debería dar la orden, no puede darla porque no sabe lo que pasó en nuestro cuerpo. Los brincos del corazón, el sudor en las manos, el tráfago, no son obra suya. Son el trabajo de una red nerviosa paralela llamada sistema neurovegetativo. Este sistema vela día y noche por preservar la vida en nosotros, y a nuestro cerebro consciente le sería muy difícil analizar y comprender lo que hace. En este mismo momento tu corazón late, tu sangre circula, tus pulmones respiran, y tú no tienes necesidad de quererlo, ni siquiera de saberlo, para que todo ocurra perfectamente en el interior de ti. Tu embrión de bebé se ha anidado en tu vientre gracias a él. Él ordena las hormonas que corresponde, las dosifica, las distribuye. Más tarde, cuando va a nacer, por él se contrae el útero; él decide el momento, el ritmo, la duración de las contracciones. Este bebé es responsabilidad suya, su obra invaluable.

Su trabajo es vital y magnífico. Salvo que a veces hace un poco de más. Reacciona demasiado fuerte. Demasiados impulsos, demasiadas emociones, y por consiguiente demasiadas contracciones en los músculos. Para calmarlo, no hay que dejarlo solo, excediéndose; hay que asociar nuestro cerebro consciente al sistema nervioso inconsciente. ¿Cómo? Aprendien-

do a conocer los músculos que se contraen a pesar de ti, situarlos, sentirlos. Aflojarlos.

No necesitas lanzarte a estudiar anatomía. Empieza por tu boca, por ejemplo. Ella posee la clave del equilibrio neuromuscular de tu cuerpo entero. En cuanto las mandíbulas se cierran, la musculatura del cuello, la espalda o las piernas queda presa de sus contracturas y le cuesta muchísimo liberarse.

La boca puede condenar todas las puertas de tu cuerpo o hacer que se abran de par en par, a voluntad. Tu boca es una puerta, la primera, la de más arriba. Si la boca no está relajada, no puede estarlo la musculatura.

La boca es poderosa, musculosa, muy sensible. En el primer lugar desde el primer instante de nuestra llegada al mundo, ella mama, ella chupa, ella come, ella besa, ella emite palabras. Brutal, muy suave, es todo eso a la vez.

Los músculos de nuestras mandíbulas son los más potentes de nuestro cuerpo, habida cuenta de su tamaño. Cuando se contraen, nuestras mandíbulas se cierran con una presión de ochenta kilos. Cada vez que tragamos saliva, hacen pesar sobre nuestros dientes una carga de alrededor de dos kilos. Y como deglutimos con mucha frecuencia, incluso al dormir, hacen pesar sobre nuestros dientes y sobre nuestro cuerpo entero una carga de cuatro toneladas en veinticuatro horas.<sup>2</sup>

En la frontera del afuera y el adentro, nuestra boca está también en la frontera de lo consciente y lo inconsciente. Tú no sabes de veras lo que haces con tus labios, tu lengua, tus mandíbulas; hablas, comes, besas, sonríes, y los músculos de tu boca efectúan una cantidad de movimientos de los que no tienes

2. Dr. Soly Bensabat, *Le stress, c'est la vie*, París, Fixot, 1989, pág. 44; reimpr., París, Ed. Poche Pratique, 1991.



conciencia. Y ellos mantienen bien comprimidas en sus fibras cantidades de tensiones de las que no tienes la menor percepción.

Antes de poder expresar la pena, antes de encontrar las palabras exactas, hay que poder aflojar los dientes, en sentido propio. Hay que devolver a la musculatura de la boca la amplitud fisiológica de sus movimientos, su libertad. No pido que la persona se aplique a desenganchar sus mandíbulas; por otra parte, señalo que quienes temen este tipo de accidentes tienen las mandíbulas atornilladas por las contracturas, de modo que sus articulaciones se han descentrado; en cuanto relajan los músculos, sus problemas de mandíbulas desaparecen. Pido movimientos minúsculos, muy precisos, muy finos, que hay que repetir hasta la total fluidez. Diferenciar los músculos de los labios, los de la lengua y los de las mandíbulas, haciéndolos moverse por separado.

Muy a menudo, después de estos movimientos, se desata una ola de palabras y, puesto que una abertura no se mueve sin la otra, la vista mejora, y el oído. No es de extrañar, porque las mandíbulas y las orejas tienen nervios en común, y apretar las mandíbulas disminuye nuestra capacidad de escucha: nada puede salir y nada puede entrar.

El cuerpo es un todo, una vasta red nerviosa, sensorial, sensual. Todo se sostiene entre sí, lo alto con lo bajo, el adentro con el afuera. Un orificio evoca a otro, una sensación en un orificio de la cabeza provoca sensaciones en el orificio genital. La toma de conciencia de una cavidad despierta la conciencia en otra cavidad. El conocimiento de la boca llama al conocimiento de la vagina, y el de la vagina llama al útero con su boca que se adelanta, y a la que se da en llamar, precisamente, «morro de tenca». A su hora, el morro se abrirá para dejar pa-

sar, con toda naturalidad, la cabeza del niño. Los labios de la boca recuerdan los labios del sexo. La musculosa lengua —no tiene menos de diecisiete músculos— turbadoramente contráctil y retráctil, es capaz, con sus movimientos precisos, de liberar el aliento, los músculos de la nuca y los de la espalda.

*Movimientos de boca n.º 1, 2 y 3, págs. 183 a 187.*

## 6 de diciembre

Finalmente me hizo falta aprestarme a ser madre a mi vez para pedirle a mamá otra cosa que sus dos brazos cálidos y tiernos. Hoy, cuando su amor de madre no basta para reconfortarme, acepto su ayuda de terapeuta, la que desde hace tantos años ella da a sus pacientes. ¡Qué desamparada me sentí por causa de esa ecografía tomada sin la menor consideración! Hacer jugar mis mandíbulas me permitió dar salida al enfado; ahora respiro más ligeramente, el corazón ya no se me sale del pecho. Vuelvo a tener confianza en mi valiente bebé. Es probable que me haya equivocado de fecha... Después de tan tenaz lucha por existir, mi bebé se agarrará, con o sin desprendimiento, con o sin hematoma. Ciertos días lo creo, otros no.

## THÉRÈSE

Se agarrará. Los bebés son fuertes y las madres tienen reservas de energía como nunca en su vida. Dicen que en los años ochenta los entrenadores soviéticos aumentaban los rendimientos de sus deportistas mujeres pidiéndoles que quedaran en-

cintas el tiempo necesario para producir suficientes hormonas específicas del embarazo, capaces de aumentar sus fuerzas musculares. Ellas, después, abortaban.

Alrededor de tu embrión de bebé se dispone una bioquímica extraordinaria. Tu organismo entero ha puesto rumbo hacia la vida; vela por sí con todas las fibras de sus músculos, de sus vasos, de sus nervios.

Al sospecharse que tu bebé no encaja con las normas estadísticas, crees que tu cuerpo quizá te ha traicionado, que mintió o se equivoca. Hasta ese momento brotaban las fuerzas de la vida, invencibles. ¿Y ahora habría ruptura, incapacidad, incoherencia?

Durante siglos, el alumbramiento suscitó ritos mágicos y el temor a lo que no se puede dominar, como el agua del cielo y el fuego de los volcanes. Ahora, todo —casi todo— lo que atañe al embarazo puede traducirse en cifras estadísticas. El vientre de las mujeres se ha vuelto transparente. La inquietud, sin embargo, ahí continúa. La de las mujeres, pero también la de los profesionales.

El útero es perturbador. Perturbó desde su descubrimiento, cuando se creyó que viajaba por el cuerpo de las mujeres y que si llegaba a la cabeza venía el descalabro: crisis, convulsiones. *Histeria*. De ahí, de «útero» en griego, vino la palabra, en el siglo pasado. Los conocimientos neurológicos ya estaban muy avanzados, pero cuanto más se estudiaban los trayectos nerviosos, más inexplicable, y femenino, resultaba el misterio de las crisis.

El útero está ahora bajo control. Al menos, bajo control óptico. Pero esto no le impide ser sospechoso, cambiar de volumen y de forma, inflarse de vida y no querer quedarse en su lugar. Por más que se vigile al décimo de milímetro lo que crece

allí dentro, se sabe que bajo la redondez y suavidad del afuera habrá nueve meses de potencia en irresistible ascenso. ¿Cómo quieres que esto no produzca sentimientos ambiguos? Por más que se inmovilice bajo los uniformes científicos, la inquietud sigue siendo inquietud. Y no tan racional como quisieran hacernos creer.

«Toda alteración en la capacidad de sentir plenamente el propio cuerpo ataca la confianza en uno mismo tanto como la unidad del sentimiento corporal; crea al mismo tiempo la necesidad de compensación.»<sup>3</sup> Ausente el sentido del tacto, ausente la escucha, reducido el sentido de la vista al contorno de una pantalla, éstos atacan ciertamente la confianza en uno mismo, pero encuentran su compensación en las prótesis mágicas de todo el aparataje tecnológico. Salvo para las mujeres. Ellas no están conectadas a estas máquinas. Ver no las tranquiliza, porque no es la mirada lo que las enlaza a su hijo. Su conocimiento es infinitamente más rico y profundo.

*Movimiento n.º 4 para relajar los músculos lumbares, págs. 187 a 189.*

## 10 de diciembre

Segunda ecografía. Llegué con la vejiga llena: «Beba un litro de agua antes de venir», me dijo por teléfono la secretaria al darme el turno. Una vejiga llena aplanan las circunvoluciones del intestino, haciendo resaltar el útero en la ecografía.

3. Wilhelm Reich, *La fonction de l'orgasme*, París, L'Arche, 1970, pág. 236. [Trad. esp.: *La función del orgasmo*, México, Paidós, 1983.]

¡Cuando llegué, había seis personas en la sala de espera! Estuve una hora con la vejiga a punto de explotar, pero valió la pena. El veredicto del ultrasonido fue totalmente tranquilizador: el bebé crece perfectamente, el desprendimiento se ha convertido en un «minidesprendimiento» y el hematoma en un «minihematoma». Dicho de otro modo, todo volvió a estar en orden. Esa semana tempestuosa había sido inútil. ¿Por qué, cuando sacó mi primera ecografía, la doctora M. no supo o no quiso elegir mejor sus palabras?